

Tres amigos en el barriode Behorlegi

*L*lueve.

En el portal de María la Navarra, tres amigos están sentados en los peldaños de la escalera: Ignacio, Maite y Tomasito.

—¡Qué plomazo de tiempo! —dice Ignacio a los otros dos—. Si sigue lloviendo así, nos va a salir moho a todos.

—¿Moho? —pregunta Tomasito, inquieto.

Tomasito es el más joven de los tres amigos, y su viva imaginación hace que se lleve un susto mayúsculo.

—¿También nos va a salir moho a nosotros? —le pregunta, aterrado, a Ignacio.

—Tranquilo, Tomasito —le dice Maite—, que a nosotros no nos va a pasar nada.

Maite es hermana de Tomasito.

El trío se reúne a menudo en el portal de María la Navarra. Ocurre que Ignacio vive en el caserío

Garmendi Txiki, en un extremo del barrio de Behorlegi, bastante alejado del pueblo, y Maite, en la casa llamada Hemen Hobe, en la otra punta del barrio. La casa de María les queda a medio camino, inmejorablemente situada para reunirse en días lluviosos como el de hoy.

Ignacio vive en Garmendi Txiki con su abuela Felisa y su abuelo José.

En el caserío hay algunas vacas, un par de terneros y un burro negro llamado Kubala, que es el nombre de un futbolista. Los vecinos lo llaman así por las tremendas coces que suelta.

La abuela Felisa tiene gallinas y patos en el corral, y un cerdo en la pocilga. También tiene un gato, Mixi.

En casa de Maite y Tomasito viven cinco personas: Maite, Tomasito, mamá Teresa, papá Tomás y el tío Florentino. Papá Tomás es zapatero y tiene una pequeña tienda en el pueblo. Mamá Teresa también acude a menudo a la zapatería del pueblo a vender zapatos y hacer la limpieza, y entonces Maite tiene que ocuparse de su hermano.

La casa Hemen Hobe fue construida por Florentino, el tío de mamá Teresa, que había venido de muy le-

jos. Al parecer, en su pueblo no se encontraba a gusto, y cuando llegó a Behorlegi dijo:

—Aquí, mejor.

Levantó la casa allí mismo, en aquel barrio que tanto le había agradado, y así lo dice el nombre que le puso: *Hemen Hobe* (Aquí, mejor).

Florentino siempre ha sido zapatero remendón, aunque ahora está retirado, porque ya es bastante mayor.

—No es por la edad —acostumbra decir Florentino—, pero lo cierto es que he perdido vista, y si siguiera arreglando zapatos, no daría una a derechas.

Tomasito y el tío Florentino se llevan muy bien. Tal vez porque son el más viejo y el más joven de casa. En el asunto del perro, por ejemplo, Florentino ha sido el único que ha salido en defensa de Tomasito.

Tomasito quiere un perro, pero su familia...

—Te he dicho mil veces que te olvides de lo del perro —le suele decir mamá Teresa—. ¡Y cómete ese potaje de puerros antes de que se te enfríe!

Pero no por ello dejará Tomasito de hablar del asunto. En seguida irá con el mismo cuento a su padre o a su hermana. En vano, a decir verdad, porque nadie

le presta mayor atención, y el pobre se queda más solo que la una cada vez que saca a relucir el tema del perro.

—¿Qué te pasa, criatura? —le preguntó un día el tío Florentino, que veía triste a Tomasito.

—Jo, tío... Es que quiero tener un perro. Y en esta casa nadie me hace caso. A usted no le gustan los perros, a Maite no le importa un pimiento, y no me ayuda a convencer a mamá, y mamá y papá no quieren ver un perro ni en pintura...

Los ojos del tío Florentino se iluminaron de pronto, como cada vez que se le ocurre una buena idea o una historia estrafalaria.

—Bueno —le dijo a Tomasito—, yo no te voy a comprar un perro, pero te ayudaré. Se me ha ocurrido una idea...

El «perro» de Tomasito y la caída del tío Florentino

*E*l tío Florentino duerme la siesta todos los días. Se tiende en la tumbona que hay delante de casa, se descalza, coloca los pies encima del escabel, se tapa el estómago y la tripa con una mantita y se queda plácidamente dormido.

Hoy Tomasito está a su lado, serio a más no poder, a la espera de que el tío se despierte; y cuando se despierta, inician una sigilosa conversación:

—¿Para qué quieres tú un perrito? —le pregunta el tío a Tomasito.

—¿Para qué? ¡Para jugar! Para que sea mi amigo. Para pasear...

—¿Y tiene que ser forzosamente un perro?

La pregunta del tío ha dejado perplejo a Tomasito.

—¿Un perro? La gente tiene perros para ir a cazar y para vigilar las casas. Y también para pasear. Y cuando alguien quiere un amigo, se compra un perro.

—¿Y para ser amigo tuyo tiene que ser forzosamente perro? ¿Acaso ningún otro animal puede ser amigo tuyo?

—¿Otro animal?

—Sí, algún otro animal. Un gato, una gallina, un carnero, un zorro, un lagarto...

—¡Algún otro animal! ¡Me voy pitando a Garmendi Txiki!

—Alto, alto, alto ahí... —le dice el tío Florentino—. Necesitarás un collar para atar a ese animal, ¿no?

—Tiene razón, tío.

—Yo te haré uno.

Para un zapatero remendón como el tío Florentino, hacer un collar es pan comido. Al cabo de muy poco tiempo, Tomasito tiene ya su collar, con cuatro o cinco agujeros, como una correa de sandalia, adecuada para ceñirse al cuello de un animal. Y en el medio, un aro de latón para atar un bramante o una cuerda y llevar de paseo al animal.

Tomasito está entusiasmado.

—¡Tengo que hablar con la abuela Felisa, tengo que hablar con la abuela Felisa! —repite una y otra vez.

La abuela Felisa e Ignacio están preparando el pienso para las gallinas cuando llega Tomasito.

—¿Vienes a buscar a Ignacio? —le pregunta la abuela Felisa—. Espera un poquito a que terminemos de dar de comer a las gallinas, y luego irá contigo.

—La acompaño al gallinero —le dice Tomasito a la abuela Felisa—. Quiero pedirle a usted una cosa.

A Tomasito le ha costado un triunfo llegar a explicar lo que quiere, pero, por fin, le dice a la abuela Felisa:

—Quiero un bonito pato blanco para llevarlo a pasear. Aquel de allí, ese que anda con la cabeza bien erguida. Yo vendré de vez en cuando, le pediré permiso a usted, le pondré el collar al cuello y lo llevaré a pasear.

La abuela Felisa está perpleja, pero no se ha negado.

—Lo cuidaré muy bien. Le daré miga de pan para comer. Y los caracoles que recoja en la linde de la huerta. Ya sé que le gustan mucho.

Tomasito le enseña el collar a la abuela Felisa, y esta se echa a reír.

—¡A ver si eres capaz de ponérselo!

A Tomasito le ha costado lo suyo ponerle el collar al indómito pato, pero ha acabado por lograrlo.

—Esta será mi animal amigo. Mi «perrito». Lo llamaré Petronilo.

Puede que a alguien le resulte sorprendente ver a un pato paseándose por ahí, pero en Behorlegi a veces pasan cosas extrañas, sobre todo cuando hay niebla. Hoy, por ejemplo, hay niebla cerrada y, además de que el tío Florentino se ha caído, han empezado a suceder cosas raras...

El tío Florentino baja todos los días la escalera de casa, va hasta la puerta de la calle y recoge las barras que el panadero ha dejado allí. Al tío Florentino le gusta desayunar con pan recién hecho.

Hoy se disponía a hacer como todos los días. Ha visto que aún había niebla, pero no presta atención a la advertencia de Teresa:

—¡No salga de casa, que yo le traeré el pan!

Y, con las prisas, ha olvidado coger el bastón, se trastabilla y termina por caer escaleras abajo.

—¡Ay, ay, ay! —dice a voz en cuello, y en casa todos oyen el grito, el estruendo y el golpe que se suceden en el exterior.

—¡Dios mío! ¡Jesús, María y José! ¿Qué le ha pasado, tío? —exclama Teresa al salir de casa y ver tendido en el suelo al tío Florentino.

Maite y Tomasito también salen inmediatamente de casa, y ven al tío Florentino tumbado en el suelo, inconsciente.

—¡Pobrecito! —dice la niña.

—¿Se ha muerto? —pregunta Tomasito.

—Corred a casa del indiano y llamad a don Evaristo. Decidle que el tío Florentino se ha caído y que ha perdido el conocimiento...

Maite y Tomasito salen disparados hacia la casa del indiano. La casa del indiano es la más elegante del barrio, y está un poco más lejos que la de María la Navarra. El único teléfono del barrio está en esa casa. Por eso la llaman «la casa del teléfono».

Sale a abrirles la criada de la casa, quien, nada más enterarse de lo sucedido, llama a don Evaristo, el médico.

De regreso a su casa, Maite y Tomasito ven el cochecito de don Evaristo, que luce los colores del café y de la leche.

—Se ha dado un buen golpe —afirma el médico.

Comprueba el pulso en la muñeca, le examina el ritmo del corazón, le vendar la herida de la cabeza y le pone bajo la nariz un frasquito de penetrante olor.

El tío Florentino abre los ojos y mira sorprendido al mundo.

—¿Dónde estoy? —pregunta.

—Se ha caído usted, tío, y ha perdido el conocimiento —le dice Teresa—. Ahora lo llevaremos a la cama.

—¡Me basto y me sobro para ir a la cama! —exclama el tío Florentino, pero cuando hace ademán de levantarse al pie de la escalera, mamá Teresa tiene que ayudarlo, porque la cabeza le ha empezado a dar vueltas al desdichado tío Florentino.

El médico saca el talonario de recetas de su maletín y, tras garabatear algo en una de ellas, le advierte a Teresa:

—Si le duele mucho la cabeza, dele una de estas cada seis horas. Y que pase por lo menos cuarenta y ocho horas sin moverse de la cama...

Las vendas que el doctor le ha puesto en la cabeza al tío Florentino parecen un turbante, y, cuando se ve en el espejo de la habitación, exclama, inclinándose con una reverencia:

—¡Alá es grande, Alá es el único Dios y Mahoma es su profeta!

—Pero ¿qué dice, hombre? —le pregunta mamá Teresa, verdaderamente asustada.

—¡Tío Florentino! —dice sorprendido Tomasito, incapaz de comprender qué está ocurriendo.

—¿Tío Florentino? ¡No se te ocurra volver a llamarme de semejante manera! Yo no soy el tío Florentino, yo soy el tío Bin Floren, íntimo amigo del célebre narrador de cuentos Abu Nuwas de Bagdad.